El buey de la pluma redonda

Shyvirelle · Relatos Cortos

El buey apareció una mañana en la lámina que Mara había dejado secando junto a la ventana. No era un animal dibujado, aunque su pelo tenía el color de la tinta parda: respiraba, sacudía las orejas y ocupaba casi todo el taller. Sus cuatro patas estaban firmemente plantadas sobre un surco trazado en el papel.

Mara tenía once años y aprendía a reparar cuadernos con su tío. Le gustaba probar plumas antiguas en hojas sobrantes. La noche anterior había dibujado un camino curvo con una punta redondeada. Al amanecer, el buey había seguido aquella curva hasta el borde de la mesa y allí esperaba, sin derribar una sola herramienta.

Llevaba una cinta verde en el cuello. En ella se leía el nombre de un campo y el de su dueño: el campo de Daro, al otro extremo del valle.

El tío quiso llamar al herrero para llevarlo con una cuerda. Mara vio que el buey no respondía cuando tiraban suavemente de la cinta, pero adelantaba un casco cada vez que ella acercaba la hoja y prolongaba el surco con la pluma. Así pudieron sacarlo al patio sin arrastrarlo.

—No sigue a las personas —dijo Mara—. Sigue algo que ve en el suelo.

Para comprobar qué era, preparó tres marcas sobre tiras de papel grueso. La primera la hizo con una punta fina, como un arañazo. El buey olió el papel, lo pisó sin cuidado y se detuvo. La segunda la trazó con la punta redonda, pero tan recta como el borde de una regla. El buey avanzó por ella, llegó al final y volvió sobre sus pasos hasta el principio. La tercera era redondeada y tenía una curva amplia. Entonces el animal echó a andar sin vacilar, con la cabeza baja, siguiendo el giro.

Mara encontró una regla que no estaba escrita en ninguna etiqueta: solo reconocía los surcos hechos con la pluma de punta redonda, y si una línea le exigía ir demasiado derecho, regresaba al comienzo.

No podían cubrir de papel todo el valle. Su tío le dio un rollo largo del que usaban para proteger libros y un tintero pequeño. Mara dibujaba un tramo curvo, lo extendía sobre el suelo y caminaba al lado mientras el buey seguía el surco. Cuando él llegaba al final, ella colocaba el tramo siguiente sin tapar el anterior. En los cruces dejaba que el animal terminara una curva antes de empezar otra.

Un niño del camino quiso ayudar y trazó una raya larga, perfecta, atravesando el rollo. El buey giró en redondo y retrocedió hasta la última vuelta. Mara no lo reprendió; arrancó la tira recta y le mostró cómo mover la muñeca para que el surco doblara sin formar una esquina.

Al llegar al puente del molino, el papel estuvo a punto de caer al agua. Mara había dibujado una curva demasiado cerrada junto al borde. El buey la siguió hasta detenerse con un casco en el aire. Podía insistir y obligarlo a volver, o reconocer que su dibujo no dejaba espacio para una criatura grande. Retiró aquella tira y dibujó otra curva, mucho más abierta, lejos de las tablas húmedas. El buey esperó, moviendo apenas una oreja, y luego la siguió.

Daro los recibió junto al campo. Llevaba años trabajando con aquel animal, que había desaparecido del establo el día en que él pidió a un escribiente un plano nuevo para sembrar. El plano estaba lleno de líneas rectas y medidas. Daro creía que un dibujo exacto bastaría para decirle al buey por dónde ir.

—Devuélvemelo al surco de la entrada —pidió—. Después seguiré yo con la pluma.

Mara miró el campo. La tierra estaba removida, limpia, sin una sola línea. En su rollo quedaba papel para una vuelta más, pero no alcanzaría a marcar todo el terreno. Daro ya había colocado la regla larga sobre un tablón.

—Si le hace un camino tan derecho, volverá a donde empezó —le explicó ella.

—Entonces dibuja todas las curvas. Que no tenga que elegir.

Mara no respondió. Trazó el último arco con la punta redonda y dejó el papel sobre el límite del campo. El buey avanzó hasta donde terminaba la tinta. Allí se quedó quieto. Miró la tierra libre, levantó una pata y la volvió a apoyar en el mismo sitio.

Daro acercó la regla, impaciente. Mara le pidió que esperara. Habían traído al animal desde el taller, pero no habían averiguado si quería atravesar aquel campo. Le habían mostrado marcas, una tras otra. Tal vez el último paso no necesitara otra.

El buey inclinó el cuerpo hacia la izquierda. Al hacerlo hundió una pezuña en la tierra blanda y dejó una media luna. Apoyó después el peso en la pata trasera, giró lentamente y marcó otra media luna junto a la primera. No siguió un dibujo: la curva apareció porque él decidió cómo acomodarse. Cuando estuvo de frente a la parte del campo que recibía el sol, dio dos pasos más.

Mara no intentó copiarle el movimiento con la pluma. Daro dejó la regla en el suelo.

—¿Cómo sabré por dónde quiere ir mañana? —preguntó.

—Por el surco que deje cuando no le dibujes uno —respondió Mara—. El de la pluma lo hicimos nosotros. Este lo ha hecho él.

El buey continuó hacia la sombra de un árbol. Sus pisadas formaron una curva ancha, irregular, que ningún plano habría podido medir antes de que existiera. Mara enrolló el último papel y regresó por el camino sin borrar ni una huella.